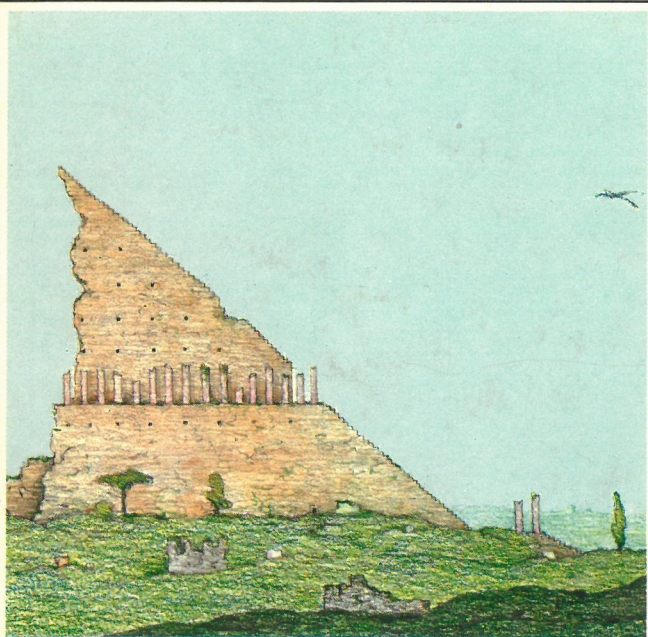




Hermann Hesse
Walter Schmögner
La Ciudad

Un cuento

Hermann Blume

Hermann Hesse

LA CIUDAD

Un cuento
ilustrado por
Walter Schmögner

Hermann Blume

Hermann Hesse (1877-1962), cuyos libros están divulgados en una edición completa de más de 11 millones de ejemplares en Estados Unidos y más de 12 en Japón, es el autor europeo más leído en estos países.

Walter Schmögner nació en Viena en 1943. Su primer libro infantil, «El libro de la cometa», apareció en 1966; en 1970, «El libro de los sueños para niños»; en 1972, «El libro de las etiquetas para niños»; en 1970 se publicó «Plopp-Wu-U-Um-Whaaasch» (Editorial Insel), y el libro de arte «Imágenes malvadas», y en 1973 la serie bajo el título «Walter Schmögner».

Con motivo del centenario del nacimiento de Hermann Hesse el 2 de julio de 1877, Walter Schmögner eligió e ilustró una de las narraciones de Hesse más sorprendentes y actuales, el cuento «La ciudad». Este relato escrito en 1910, de una inspiración sobrecogedora, ofrece un bosquejo completo de la cultura y desarrollo histórico de nuestra civilización.

Con la imparcialidad y el distanciamiento propios de un historiador o de un naturalista respecto a su objeto de investigación, lo que le permite una máxima objetividad, se nos muestra aquí, en una secuencia tan peculiar como tragicómica, la ascensión y caída de un asentamiento humano. Lo que aquí, bajo el lema «progreso» se extrae de la tierra, mientras se explotan los campos de petróleo, mientras aparecen el primer almacén y el primer banco, pasando por una liga antialcohólica, un club espiritista o la cervecería bávara, y en lógica consecuencia se desarrolla en forma de simbiosis, es en último término la propia cultura. Se trata, pues, de un planteamiento anticipado de las cuestiones a las que, hoy día, medio siglo después de la aparición de este cuento, se dirigen ramas enteras de la investigación científica.

Walter Schmögner ha ilustrado página a página este gran tema en imágenes a color.

Hermann Hesse, DIE STADT. Ein Märchen
ins Bild gesetzt von Walter Schmögner.

© Insel Verlag, Frankfurt am Main, 1977.

Para «La Ciudad» de «Viajes de Ensueño»

Renewal Copyright 1973, Heiner Hesse

Todos los derechos reservados por Suhrkamp
Verlag, Frankfurt am Main.

Traducción y adaptación caligráfica Stella Wittenberg.

© Hermann Blume 1985. Rosario, 17. Tel. 2659200.

Telex 41288 HEBL-E. 28005 Madrid.

Primera edición española, 1985. Impreso en España
ISBN: 84-7214-337-6. Depósito legal: M. 42.039/1985

Impreso por Omnia, S. A. Madrid

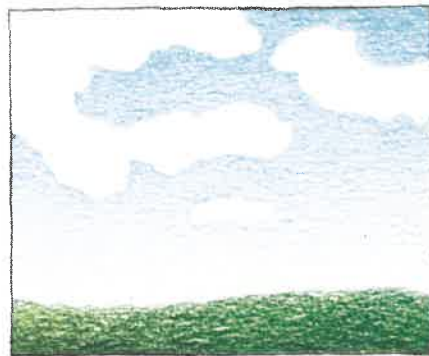
LA CIUDAD

«¡Esto marcha!» —gritó el ingeniero cuando llegaba, sobre el tramo de vía que ayer habían acabado de instalar, el segundo tren repleto de gente, carbón, herramientas y víveres. La pradera ardía silenciosamente a la luz amarilla del sol, la alta cordillera boscosa se erguía en el brumoso azul del horizonte. Perros salvajes y búfalos de la pradera, sorprendidos, observaban cómo en la deshabitada comarca comenzaba el trabajo y el barullo, cómo sobre la tierra verde surgían manchas de carbón y de cenizas, de papel y de hojalata.

La primera garlopa rechinó estridente en la tierra asustada, el primer disparo de escopeta tronó y retumbó en las montañas, el primer yunque emitió su agudo sonido bajo

los rápidos golpes de martillo. Surgió una casa de hojalata, y al día siguiente una de madera y otras más, cada día nuevas, y pronto las hubo también de piedra.

Los perros salvajes y los bisfalos se mantenían alejados, la región se hizo dócil y fértil. Ya al comenzar la primavera los verdes cereales ondeaban en la llanura, donde se alzaban corrales, establos y graneros, al tiempo que las carreteras cortaban el desierto.



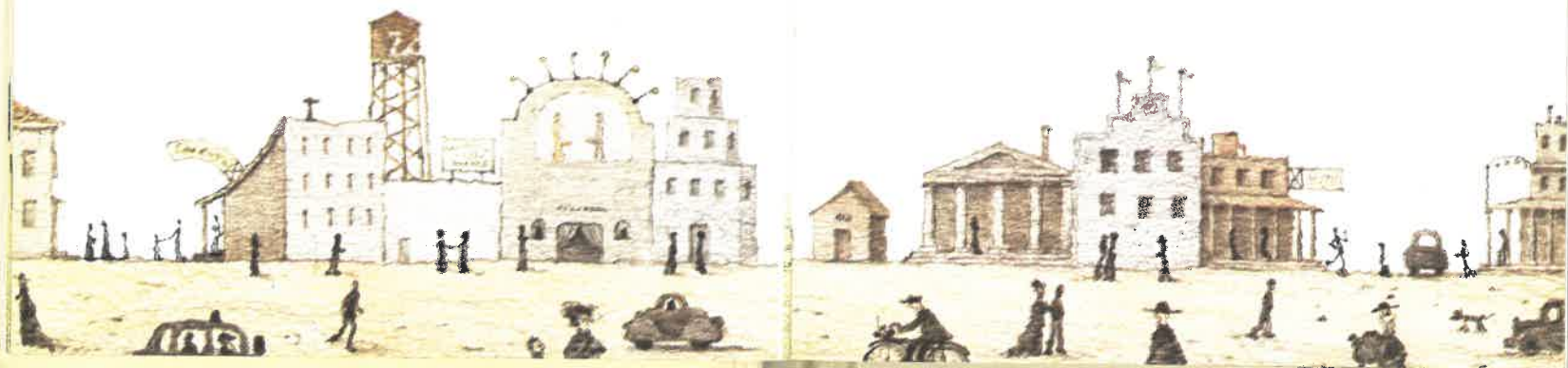
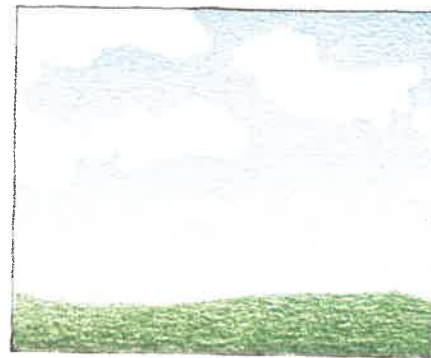
La estación se terminó y se inauguró,
y también el Palacio del Gobierno y
el Banco. Varias ciudades hermanas,
apenas unos meses más jóvenes, crecieron
en las proximidades. Llegaron obreros
de todo el mundo, campesinos y ciuda-
danos, llegaron comerciantes y abogados,
predicadores y maestros; se fundó una
escuela, tres comunidades religiosas,
dos periódicos.



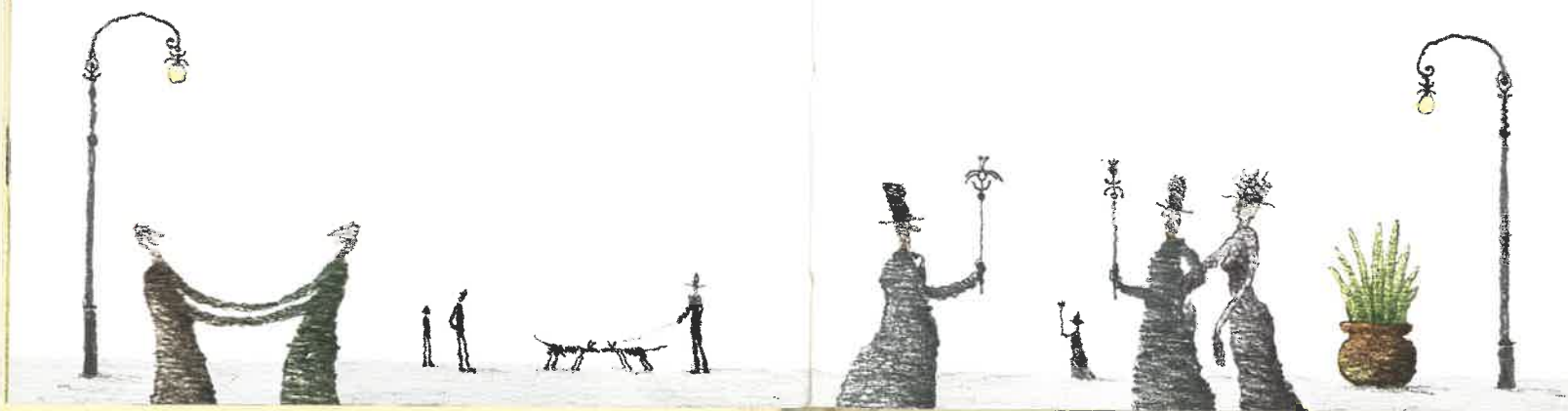
En el oeste se encontraron yacimientos de petróleo, la joven ciudad experimentó un notable bienestar. Al cabo de un año ya había carteristas, proxenetas, atracadores, un almacén, una liga antialcohólica, un sastre parisien y una cervecería bávara. La competencia de las ciudades vecinas aceleró el ritmo.



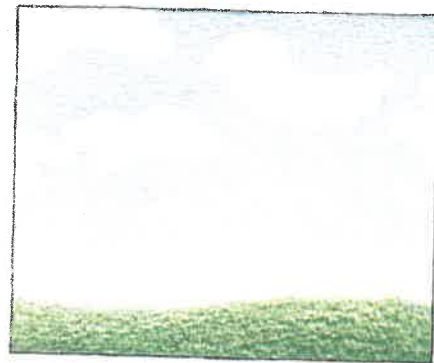
Nada faltaba ya, desde el mitin electoral
hasta la huelga, desde una sala para
cine y teatro hasta un club espiritista.
Se podía conseguir en la ciudad vino fran-
cés, arenques noruegos, embutidos italia-
nos, tejidos ingleses, caviar ruso.
Al lugar llegaban ya de gira cantantes,
bailarines y músicos de segunda fila.



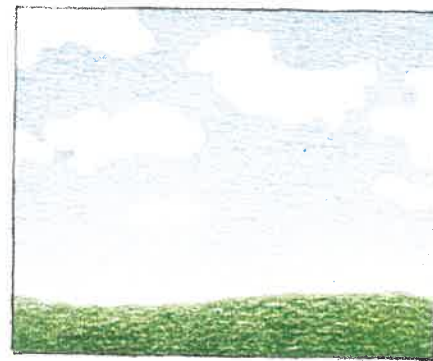
Y lentamente fue llegando también la cultura. La ciudad, que al principio había sido solamente un asentamiento, empezó a convertirse en una patria. Había aquí una manera peculiar de saludarse, una forma de inclinar la cabeza al encontrarse que se diferenciaba ligera y sutilmente de las maneras de las otras ciudades. Los hombres que habían tomado parte en la fundación de la ciudad disfrutaban de respeto y simpatía, irradiaban una cierta nobleza.



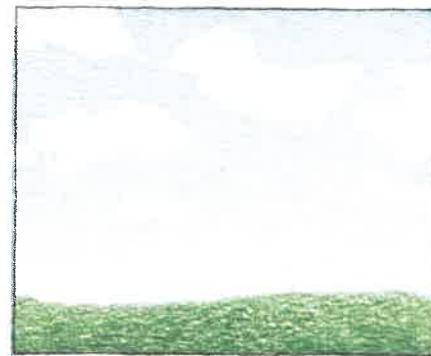
Creció una nueva generación, la de aquellos para los que la ciudad resultaba una vieja patria con raíces que se hundían en la eternidad. El tiempo en el que había retumbado el primer golpe de martillo, en el que se había producido el primer asesinato, en el que se había celebrado el primer oficio divino, en el que se había impreso el primer periódico, quedaba lejos en el pasado, ya era historia.



La ciudad se había erigido en dominadora de las ciudades vecinas y en capital de un extenso territorio. Al borde de las anchas y alegres calles donde un día se habían situado junto a montones de ceniza y charcos las primeras cajas de tablarón y hojalata, ahora se alzaban dignos y adustos ministerios y bancos, teatros e iglesias. Los estudiantes iban paseando a la universidad y a la biblioteca, las ambulancias se dirigían silenciosamente a las clínicas, el coche de un diputado era reconocido y adamado;



en veinte imponentes colegios de piedra y
hierro se festejaba cada año el día de la
Fundación de la famosa ciudad con cánticos y
discursos. La que en tiempos fue pradera ahora
se encontraba cubierta de campos de cultivo,
fábricas, pueblos y atravesada por veinte
líneas de ferrocarril; la cordillera se había
aproximado y había sido explorada hasta
el corazón de sus gargantas gracias a un
tren de montaña. Allí, lejos junto al mar,
los ricos tenían sus residencias veraniegas.



Cien años después de su fundación
un terremoto destruyó la ciudad
reduciéndola a escombros.

